

La mirada vital en la lírica de María del Valle Rubio

La amplia trayectoria poética de la onubense María del Valle Rubio ha sido recogida recientemente en la antología *Inusitada luz*, publicada por el Ayuntamiento de Chucena. Doce poemarios y una selección de textos inéditos despliegan una espléndida muestra de 25 años de creatividad y de intensa calidad, según ha quedado confirmado a través del tiempo con la concesión de premios a once de estos libros y un accésit al restante.

La poesía de Rubio se ramifica en múltiples rutas desde un único eje vital constituido por su mirada y la evocación de la palabra en silencio. Su búsqueda creadora se cimienta en un equilibrio entre emoción y expresión. Por un lado, la manifestación de su identidad, sus recuerdos, sus imágenes y sus perspectivas germina en un acto de reflexiva contemplación de la vida y, por otro, su materialización lingüística exhibe una precisa concisión y naturalidad comunicativas.

En el discurso de Rubio, la mirada alerta o el acto de mirar activamente confieren realidad a la existencia frente al apresuramiento inerte en la vorágine de la ciudad donde la gente mira sin mirar, donde se pierde el contacto humano genuino, como expresan los últimos versos de *Inusitada luz*: “Siempre el invisible muro entre las almas. / La ceguera total / que inunda / la mirada del otro que te mira”, (“Plegaria”, 557)¹. Contraste radical de estos versos regidos por una mirada sin conciencia y sin rumbo, y la pasión por ver, por descubrir de la niña María del Valle ante su inaugural mirada a Sevilla, según sus propias palabras: “Mi abuela me da el gran susto de venir a Sevilla por primera vez. Y cuando yo veo Sevilla, es como si descubriera el mundo entero; toda soy ojos, mirando el

coche de caballos, el tranvía amarillo. Yo quería habérmelo llevado todo a mi casa, en una foto grande” (32).

Más tarde, ya mujer y poeta, pero todavía con espíritu de niña, Rubio uniría existencia real y una mirada interior por “el fondo de los párpados” en el poema inicial de esta antología al erigir un refugio íntimo en soledad desde el que los ojos escapan a otras riberas y la autenticidad sin disfraces le permite encontrarse a sí misma: “Y descanso y descanso por la sombra del aire. / Por detrás de mí misma, me llamo por mi nombre” (30).

Así se consolida una interdependencia significativa y expresiva durante los 25 años que separan al primero y último de los poemas antologados. Por sus versos prorrumpen recintos recónditos y existenciales, especialmente entre el “yo” y el “tú” (“Dicen que volví a nacer / cuando tú me miraste”, 371), aunque en ocasiones también aparece entre el “yo” y el “vosotros” (“Mirad, miradme. / Comedme con los ojos”, “Inevitable, 155) por una parte. Por otra, surgen planos externos en los que paisajes, personas y ciudades se cristalizan al ser redescubiertos por la mirada de Rubio. Una espléndida galería de estampas artísticas de impresiones y vivencias aflora entonces en su poesía para recrear y facilitar la visualización y el sentimiento no solo de la pintura y escultura de grandes genios como Goya, Velázquez, Monet, El Greco, Miguel Ángel, Picasso, o Rodin, sino también de gestos y sesgos de personajes (Otelo, Sherlock Holmes, Platero), estrellas cinematográficas (Marilyn Monroe, Bogart, Chaplin) ciudades (Venecia, Sevilla, París, Cádiz, Nueva York), instantáneas (noviembre, luna, chopo, calor, neblina, lluvia, estío, mar, aguacero), objetos (abanico, jarrón, pulsera, espejo, mecedora, traje de noche), animales (caballos, peces, gatos, patos) y eventos (accidente, fandango, risa, presagio). Manuel Gahete, autor del excelente prólogo de la antología *Inusitada luz*, comentando el

poemario *Museo interior*, describió con exactitud la interdependencia vital y artística de Rubio con las siguientes palabras que son extensibles al conjunto de su obra: “ (es) la radiografía poética de la vida a través del arte” (12).

En el ámbito del “yo” y el “tú” al que se ceñirán los próximos comentarios, surge el emblema poético del espejo en el que Rubio se mira como instrumento fundacional de su “yo”, una constatación de su identidad en el que la mujer verdadera, interior, y la mujer externa, aparental y maquillada, se acoplan o disocian en un único reflejo para provocar dudas e inquietudes entre autenticidad y conformación social, como en el siguiente poema:

Estoy frente al espejo confundida conmigo.

Tanto dudar de mí
para saber quién soy.

El espejo se impone,
se me cierra en redondo, difumina
la imagen que pretendo.

Quiero ser yo de nuevo iluminada
más allá del azogue y los afeites.

El espejo se convierte en un foco de dudas, una paráfrasis cartesiana, un “dubito ergo cogito, cogito ergo sum” en el que dudar es pensar y el pensar propulsa el conocimiento y, por tanto, la certeza de la existencia. La poeta onubense sentirá, en consecuencia, el imperioso impulso de encontrar su imagen en el espejo, por un lado, y, por otro, de observar cómo puede transformarse esa imagen en el ámbito del “tú” por medio del amor, según estos versos de “Desmemoria” (151):

Necesito buscarme en los espejos.

Me he perdido de mí.

Golpeo en la memoria,

nadie abre el recuerdo.

¿Cómo seré este día

cuando tú me has mirado?

La propia imagen también se refleja en los ojos de otras personas al mirarse en ellas. Así cuando el amante mira a la poeta, Rubio se trasfigura para ser su exclusivo campo de visión. En la retina de la poeta, asimismo, también aparece la imagen del hombre, un instantáneo reflejo que se produce en los ojos de ambos: “Ahí, por un segundo, mi retina / eterniza el impacto doblemente, / que, aunque siendo fugaz, se perpetúa / en tu mirada única” (252). El tema del amor, de sus lances e infortunios, es clave en la poesía de Rubio porque facilita la confluencia del pasado y del presente con una polarización de sentimientos y sensaciones desde la consumación a la desventura y abre un ámbito de nostalgia desde el que se reaviva la inmediatez del instante de júbilo o de naufragio, de soledad o de presencia, de seducción o de frustración². Amor que, a través de la mirada, la experiencia y la imaginación llega a adquirir un carácter totalizador porque no sólo los espejos hablan de él sino que también la naturaleza, con ecos de San Juan, late con la huella del amado y la amada lo siente plenamente como complemento integral de ella misma: “Allí donde me miro, te reflejas” (271).

En la mirada se concierta, además, el instante eterno de un amor mítico inmortalizado por la muerte como el de Romeo y Julieta. Romeo reclama a Julieta la contemplación de sus mejillas, de la tersura de su piel, de la luz de unos ojos y “una mirada donde poder mirarme” y no un cliché que sirva de morbo a muchachas neuróticas (“Súplica de Romeo a Julieta”, 234). Julieta, por su parte, le responde que se encuentra fosilizada en su historia, en un perenne sueño aletargado, sin la pasión e iniciativa de aquella joven ardiente de entonces y, por ello, le pide la libertad, la realidad que le conferiría su mirada: “Mírame tú, si puedes, y libérame / de esta quietud horrible / que me aplasta la cuenca de los ojos: / la eterna juventud que me corroe” (141). En un extraordinario poema, Rubio personaliza la eternización del amor con un matiz más humano y sensual que el de Romeo y Julieta y con una proyección ulterior que recuerda al Quevedo de “Amor constante más allá de la muerte” y al Cernuda de “Donde habite el olvido”. La poeta declara que los ojos del amado son la medicina que aliviará la última hora y el postrer silencio y que darán sentido y culminación a su existencia: “Porque sería morir sin tu mirada, no haber vivido nunca, / y nada sería suficiente”. Para la poeta, la preeminencia de los labios, el beso, la boca o la risa es una contundente realidad transferida por el acto de mirar frente a la inconsciencia del goce y, por ello, siempre buscará la mirada del amado, incluso después de la muerte:

Mas el extraño goce de toda la inconsciencia
no sería capaz de dibujar tus labios, la lenta cercanía
del espacio del beso, la justa equivalencia de la boca
que muerde la otra boca, mi destino y tu risa,
el viento que me lleve hasta tu muerte,

entre la densa sombra del ciprés donde la espera
no tiene otra esperanza sino la muerte mutua.
Y aunque el mármol me aplaste la cuenca de los ojos
yo seguiré buscando tu mirada.³

Y, después, no seremos ni claridad ni mano,
ni siquiera refugio del uno para el otro, tan sólo leve soplo
en la arena, que elevará su vuelo hacia otras regiones
donde la luz no habita. (175)

En la poesía de Rubio, la mirada atenta implica la observación consciente de una auténtica realidad, ya sea la del “yo”, la del “tú”, la de los verdaderos seres que están detrás de las máscaras míticas de Romeo y Julieta, o la del amor como se ha comentado. Mirar es, por tanto, desvelar, descubrir, pero, además, es materializar una de las múltiples posibilidades de actualización de la potencialidad y, por ello, Rubio exclamará: “Me busco entre la bruma del espejo” (189)⁴. Esta conceptualización de la mirada o del mirar como mecanismo de observación que facilita la cristalización de un reflejo único entre las múltiples virtualizaciones posibles que flotan antes de que se realice esa mirada en los poemas de Rubio, puede conectarse con la función primordial de la observación en la física cuántica y con la llamada “Interpretación de Copenhague”, propuesta por Niels Bohr y otros en el instituto de esa ciudad. Afirman que no hay realidad si no se produce una observación y que, por tanto, la observación consciente crea la realidad⁵. Rubio coincide con esta idea y se apasiona en su oficio de creadora a través de la mirada porque,

por ella, se concreta lo real como sugieren los siguientes versos: “Porque yo sé cómo las cosas reclaman ser miradas, / y, pródiga, alimento este credo de fe” (183).

La imagen que se materializa en el espejo proporciona también a la poeta la oportunidad de abandonarla, de dejar su “yo colgado en el espejo” para adoptar otro perfil, convertirse en Cleopatra, en Penélope, o en un ángel seductor (“Carnaval”, 218). En el poema “Arreglo personal” (474) sucede algo similar, pues tras maquillarse las ojeras, empolvase la cara y dibujarse una boca sugestiva, la poeta se ríe de sí misma al no reconocerse en la imagen que le devuelve el espejo. Este cambio de apariencia se complementa, en la lírica de Rubio, con la temática del desdoblamiento en otros “yos” que afloran en diversas circunstancias como una pugna entre dos palomas, un verse y no verse ante su sombra por la incertidumbre de la vida (39), una afirmación de autenticidad tras la silueta externa (“Detrás de mis dos pechos/ soy yo”, 85), una indagación interior (“hurgando en mi otro yo”, “Intimismo itinerante”, 153), un sentimiento de esperanza frente al desconcierto (“Es el día ideal para salir / afuera de nosotros”, 505), o un caracterizador sello expresivo que insiste en la libertad conseguida en la vida interior, a la manera juanramoniana: “Heme aquí / conmigo, yo. / Y yo conmigo” (27). Convivir con uno mismo requiere soledad y silencio como confiesa Rubio (“soledad / de la mujer que llevo y sus silencios”, 34) que le permita reflexionar y escribir sobre los perfiles del ser y del tiempo porque, como ella misma declara, en el silencio “residen todas las melodías internas y externas, las músicas conocidas y hasta aquéllas aún por conocer” (Keefe Ugalde, 32).

En el espejo se produce el “encuentro mismo con quien eres” (407)⁶, un calidoscopio de miradas en el tiempo y de reflexiones sobre la vida, la muerte y el gran

teatro del mundo. Al mirarse en él, la poeta onubense recalca en el transcurrir de la vida y construye una morada vital franqueada por la esperanza y el escepticismo, por una angustia existencial que sirve de gozne entre el optimismo, por una parte, de la mujer que reivindica su naturaleza, que siente alegría y experimenta la libertad y, por otra, el nihilismo de la derrota y de la duda: “Confusa está la mente, el desconcierto / de tener que vivir con uno mismo / y todo el universo” (505). Surgen, entonces, contornos temáticos en los que se suceden angustia, escepticismo, dolor y vacío: “mirar, mirar por dentro, / adentrarse en la nada / que somos” (296). Complementariamente, también afloran, aunque con menor profusión, la serenidad, la alegría, la esperanza, la fe, la libertad: “Mirad, me visto de colores / y alardeo de fiesta... / Y, como el girasol, levanto vuelos / hacia la luz solar que me ilumine” (332). Este cúmulo de entornos brota constantemente en los libros de Rubio y ella se lo explica gráfica y acertadamente a Keefe Ugalde así: “Considero la poesía como un vómito de la propia existencia, tanto en lo que concierne a uno mismo como en sus relaciones con los demás” (25). Y entonces el espejo se convierte para la poeta onubense en un crisol del ser y de la vida, en un museo interior de lo factual y de lo imaginario, de lo inmediato y de lo velado, de la mujer y sus deseos, como sugiere espléndidamente el poema “Espejo” (453)

Todo es posible
en el mar del espejo.
Cabe profundidad y lejanía,
ecos de infinitud
que se asemejan
al futuro imprevisto.

Es simplemente agua,
o simplemente azogue,
vecino del misterio,
puerta de lo invisible.

Tal vez la fascinación por duplicar
lo que creemos ser.

Mirarse en el espejo conlleva, asimismo, adquirir una perspectiva con diversos perfiles en el transcurrir del tiempo. En la mirada al pasado que fomentan los recuerdos se revive la infancia, la adolescencia, la juventud, el amor, momentos compartidos con la madre, con el padre, con las hijas ..., tamizado todo con la pátina creada por la distancia del presente, por una lluvia emblemática que facilita el traslado al resurgir exacto del instante. Según Rubio escribe en prosa poética, tres paisajes adornan la galería de sus recuerdos: el llanto, temor y zozobra de la infancia, la constancia del mar atardecido y, por último, un campo legendario poblado por seres inertes ya perdidos (419). Recuerdos que propulsan la reinterpretación de la poeta: “y era yo / la misma de otros años, y era yo / igual y diferente” (475). La dialéctica entre el ahora y el pasado incide en los cambios que se sucedieron como la pérdida de la inocencia y, también, en momentos críticos que llegan a producir una profunda desazón, según los versos siguientes: “Y un quedarse vacío, y un buscarse en los ojos / para coincidir / en el mismo dolor: / ¿qué hemos hecho del tiempo?” (66). Sin embargo, en la mirada retrospectiva hacia el pasado, hacia la infancia y su recreación, se encuentra el germen y la raíz de la poesía de Rubio: “Niños, ojos de niños. / Arco-iris de niños. Corazones de niños / vapulean mis horas sin descanso” (31). En sus poemas, como bellamente apunta, la infancia es un color, un

insecto atrapado, la torre de un pueblo y su cigüeña, el beso, la pedrada, el arco iris que acaparan el horizonte de la mirada. La infancia es, según Rubio, “Pececillo redondo en los ojos del niño / en sus ansias de ver y no ver nada” (37).

También regresa la adolescencia de las noches pirenaicas, de radio Andorra, de las lecciones de historia, de álgebra, de los deseos de tener novio, al igual que la juventud con la era, la canción, el vino y la libertad. Algunos versos, asimismo, recuerdan a la madre y al padre. Todas estas vivencias recordadas y recobradas se presentan como momentos cristalizados en la instantaneidad en que ocurrieron y conforman un presente eternizado que contrasta con el ahora de la mujer. Imaginativamente, el desplazamiento temporal crea dos imágenes que se contraponen para marcar las diferencias, la dificultad, por ejemplo de reconocer unas manos jóvenes en la piel de unas manos sarmentosas maltratadas por el paso del tiempo. ¿Dónde está esa muchacha, cantará Rubio con un hondo ubi sunt, que es parte suya ahora cuando transita la ruta del desmoronamiento?:

Dime ahora, muchacha, dónde hallo tus ojos
tan alegres, para vencer el maleficio, la quimera de alguna
ingravidez que me sustente.
Secretamente sigo, transfigurada y cierta, bajando los peldaños
de la vida, lentamente, conmigo, ¿contigo?, hacia
esa sensación
de desplome y clemencia del que aguarda la muerte.
Si pudieras, vendrías en mi búsqueda, a restaurar
este viejo edificio de los años. (185)

María del Valle Rubio, mujer y poeta, canta encendidamente la vida, la certeza de ser ella en un paisaje de pájaros, plantas, calle, tarde, o noche desde la ventana de un íntimo refugio, una casa en la que se accede a la inminencia del vivir: “Toda la casa esperando tus ojos” (197). Con inusitada luz y con un suave y firme trasfondo musical, Rubio acaricia la forma que pugna por nacer y se convierte en artífice de signos y de sueños⁷ por medio de una eficaz concisión lingüística que expande complementariamente los márgenes de la significatividad. En la confluencia de soledad y silencio⁸, de introspección e imaginación, el cauce lírico de María del Valle Rubio abre las rutas artísticas de una mujer enamorada de la vida que trasvasa impecablemente la capacidad expresiva de la emoción a su palabra poética.

Francisco J. Peñas-Bermejo

The University of Dayton

NOTAS

¹ La deshumanización de la ciudad también aparece en los siguientes versos del poema “En esta ciudad...”: “Nadie se mira en nadie, sino que sigue erguido / y se confunde con el tallo arrogante / de la augusta palmera” (173).

² Manuel Gahete explicó certeramente el tema del amor al comentar *Acuérdate de vivir*. Sus palabras son válidas para toda la obra de Valle Rubio: “amor que se funde y se confunde con el dolor en la violencia de serlo todo no ser nada, de la vida y de la muerte, de la desesperación y de la esperanza” (17).

³ En el poema “Anónimo”, Rubio reclama ser observada para evadir la muerte, la indiferencia, la inexistencia: “Deseo que me mires / para olvidar la muerte” (144)

⁴ En esta línea también pudiera interpretarse el poema “Mirando la neblina” (143):

No alcanza la mirada el movimiento.
La urbe se ha perdido en su batalla.

No hay ventanas mirando la neblina.

Me confundo conmigo,
Océano de mí hasta mis ojos.
¿Qué digo? Dudo
Dureza de la calle.

Se difumina el río,
No encuentro los contornos
Y acontece que ignoro la distancia
Porque no hay horizonte.

⁵ Véase D. Murdoch, *Niels Bohr's Philosophy of Physics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.

⁶ También en el poema “Presiento lo que ha de venir”, 532), o en “Ante el espejo” (204).

⁷ “Intenciones” (197).

⁸ “en el silencio están todas las músicas y todas las palabras” (Pérez Guerra, 33)

OBRAS CITADAS

Gahete, Manuel. “Prólogo”. En *Inusitada luz*, de María del Valle Rubio. Chucena: Ayuntamiento, 2007.

Pérez Guerra, Ángel. “María del Valle Rubio Monje”. *ABC Sevilla* (14-2-2004): 32-33.

Rubio, María del Valle. *Inusitada luz*. Chucena: Ayuntamiento, 2007.

Ugalde, Sharon Keefe. “María del Valle Rubio Monge”. *Conversaciones y poemas. La nueva poesía femenina española en castellano*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores, S.A., 1991.